

En el escenario se hallan dos espacios distintos de un mismo piso, el séptimo para ser más precisos, de una urbanización deshabitada en los suburbios. A la izquierda, un cuarto en la penumbra únicamente alumbrado por el claro de la luna llena, completamente vacío, a no ser por una bombilla que cuelga del techo, una silla de metal en el centro y unos rollos de cinta adhesiva en el suelo. Entre esta primera habitación y la siguiente encontramos un espacio que hace las veces de pasillo. A la derecha, y en primer término, una cocina con una mesa de madera blanca alargada. Sobre ésta un cenicero con colillas y algunas nueces. Dos sillas. En segundo término una pila, fogones, una nevera que no funciona y algún armario chico. Un fluorescente en el techo, apagado. Al fondo en el centro y en último término, la puerta de entrada situada de perfil. Una lámpara de pie cualquiera. Tras la puerta, unas escaleras que llevan a la calle.

Al levantarse el telón, la escena se encuentra sola. Una breve pausa, y se escuchan las voces sigilosas de dos mujeres y los gemidos tenues de un hombre, que parece cansado y a quien le falte el aire. Aparecen en el foro, dirigiéndose hacia la puerta de entrada, Lucía, Judith y el secuestrado, que se encuentra maniatado con cuerdas y con los ojos y la boca vendados. Ambas llevan a cuestas al hombre, cogiéndolo cada una por un brazo. Lucía porta en su mano una pistola. Lucía es una mujer de 31 años, ladrona de profesión y novel en el secuestro. Judith es una chica de 25 años, también ladrona de profesión y, como Lucía, primeriza en el arte del rapto. Ambas vestidas de negro – tejanos, jersey y cazadora -. Lucía lleva atada al cinturón una funda que contiene una navaja. El secuestrado es un hombre de 45 años, empresario de oficio. Vestido con traje y corbata. Es un hombre de constitución recia, sobrado de kilos y, de ser posible, con bigote. Su cabeza redonda luce una calva que termina a ambos lados con cabello oscuro.

EMPIEZA LA ACCIÓN

JUDITH. – *(Desde el foro, acercándose a la puerta de entrada y hablando siempre en voz baja.)* Ya falta menos.

LUCÍA. – Como pesa el condenado.

SECUESTRADO. – *(Gime.)*

JUDITH. – Cállate, cerdo.

LUCÍA. – *(Ya frente a la puerta de entrada. Lucía está a la izquierda, en medio el secuestrado y Judith a la derecha. En la mano izquierda lleva la pistola y con la otra agarra al secuestrado e intenta sacarse las llaves del bolsillo. Al hacerlo el brazo del secuestrado se mueve a la par.)* Así no hay manera. Cógelo tú. *(Se deshace del secuestrado y Judith lo agarra con ambas manos. Saca las llaves del bolsillo con dificultad intenta abrir la puerta, sin llegar a conseguirlo. Forcejea con la llave y la cerradura.)* ¡Maldita sea! *(En voz baja también.)*

JUDITH. – Ufff...

LUCÍA. – *(Sigue forcejeando)* ¡Maldita sea!

JUDITH. – ¿Quieres que lo intente yo?

SECUESTRADO. - *(Gime.)*

LUCÍA. – ¡Maldita sea esta llave y esta cerradura!

JUDITH. – Déjame a mí.

LUCÍA. – Que no, coño. *(Consigue abrir la puerta por fin. La abre del todo de golpe propinándole una patada y la cierra del mismo modo, dando como resultado un portazo estruendoso. Acto seguido enciende la lámpara del recibidor.)*

JUDITH. – *(Los tres han entrado en escena.)* Shhh... Mira que eres bruta. Alguien podría oírnos.

LUCÍA. – Si aquí no vive nadie. ¿No te acuerdas que los desahuciaron a todos?
(Acarrean al hombre desde la puerta de entrada, pasando por el pasillo hasta llegar a la habitación de la silla. Lucía enciende la bombilla, que desprende una luz azulada¹. Sitúan al hombre sobre la silla, quedando éste frente al público. Ambas cogen cinta adhesiva del suelo y comienzan a atarlo. Una vez han acabado, se ponen el pasamontañas, que guardaban en el bolsillo trasero de sus pantalones y Lucía le quita la venda de los ojos y permanece frente a él. Judith se aparta. Pausa breve. El secuestrado gime, asustado. Lucía alza su mano y lo abofetea duramente varias veces. El secuestrado gime de dolor. Judith se aproxima rápidamente a él y le propina un puñetazo que lo deja inconsciente. Se apagan las luces. Han transcurrido unos minutos. Las luces se encienden de nuevo. El hombre sigue sentado y atado a la silla. Lucía y Judith se encuentran también en escena.)

LUCÍA. – *(Echándole un vaso de agua a la cara.)* Despierta, cerdo burgués.

SECUESTRAO. – *(Recobrando la conciencia.)* Mmmm....

LUCÍA. – Vamos a ver qué tienes. *(Busca en los bolsillos de la americana y del pantalón del secuestrador. Saca la cartera, el móvil, las llaves del coche y de casa. Le quita también el reloj y un anillo de bodas. Se aparta de él. Ordenándole a Judith.)*
Sigue.

JUDITH. – *(Acercándose al secuestrado, lo golpea de nuevo.)* ¡Toma, cabrón! *(Lucía sale de la habitación y llega a la cocina, donde deja las pertenencias del secuestrado encima de la mesa. Vuelve a la habitación.)*

¹ El azul simboliza el peligro y el miedo.

LUCÍA.- (*Agarrando a Judith por el brazo.*) Ya está bien por el momento. Ahora me toca a mí. (*Se acerca al secuestrado y mientras le habla gira en torno a la silla.*) ¿Sabes por qué estás aquí? (*El secuestrado no responde. Lucía alzando la voz.*) ¿Lo sabes?

SECUESTRADO. – (*Niega con la cabeza.*)

LUCÍA. – Por tener demasiado dinero. Ya ves. Ser rico tiene sus inconvenientes. Pues bien, vamos a pedir un rescate por tu vida. Y si no disponemos del dinero mañana a primera hora, te iremos cortando partes del cuerpo y se la enviaremos a tu familia, hasta que nos paguen. Y si no nos pagan, ya puedes imaginarte lo que te pasará. (*Breve pausa.*) Pareces muy tranquilo. ¿Qué pasa? ¿No me crees? ¿Crees acaso que no tenemos agallas? ¿Quieres que te lo demuestre? ¿Quieres ver cómo lo hacemos? (*Se pone frente a él, quedando de espaldas al público. Saca la navaja de su funda y le corta algo.*)

SECUESTRADO.- ¡Aaaah!